BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMATICA

INFIERNO Y GLORIA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

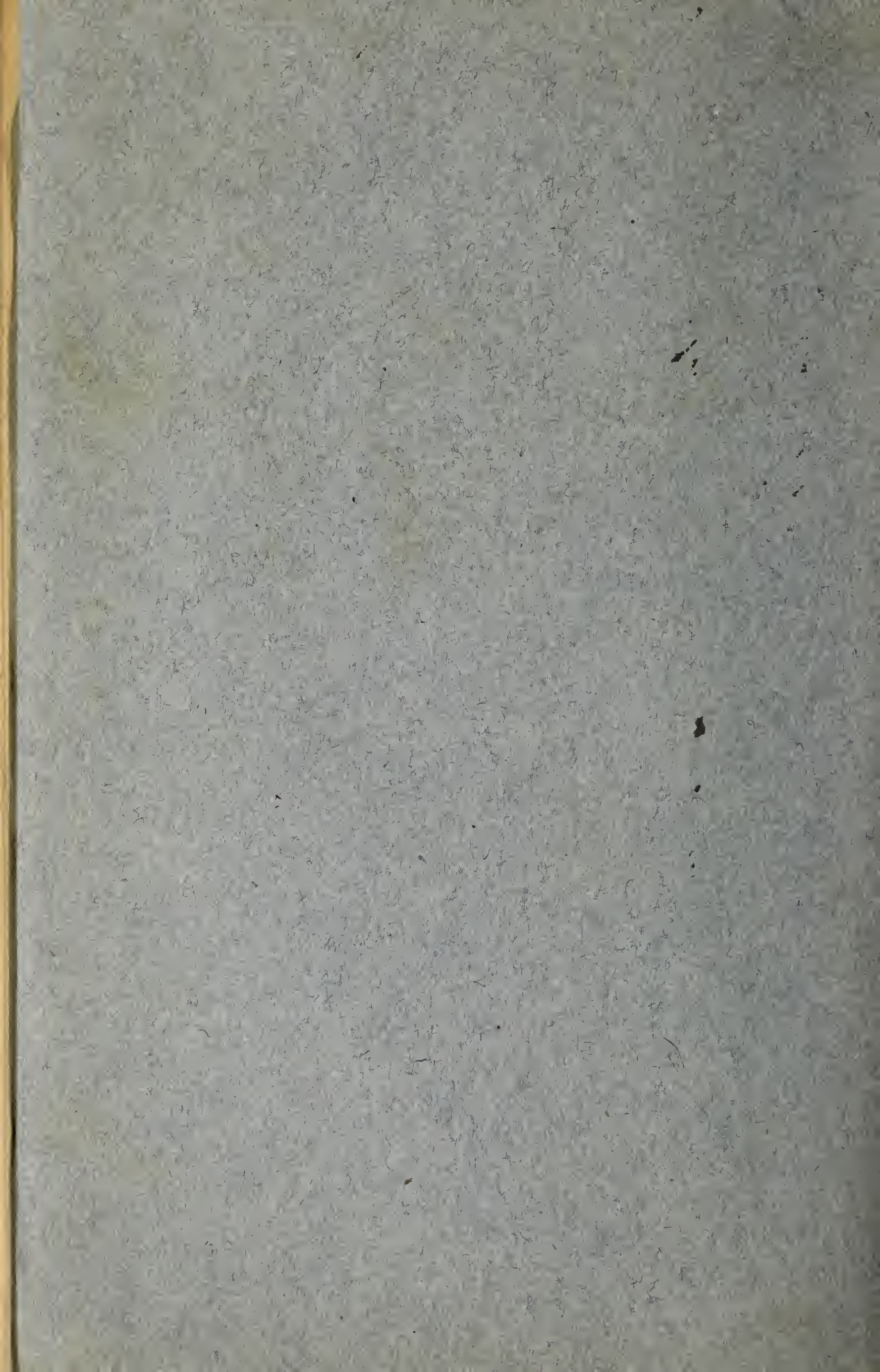
ORIGINAL DE

VICTORIANO RODRIGUEZ MORÁN

Extrenada con éxito en el Teatro de Eslava el 8 de Febrero de 1879

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 87, principal izquierda.

1879



INFIERNO Y GLORIA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

VICTORIANO RODRIGUEZ MORÁN

Extrenada con éxito en el Teatro de Eslava el 8 de Febrero de 1879



MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE IGNACIO MORALEDA
San Bernardo, 73

1879

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
Adela	Sra. Vedia.
María	Srta. Diaz (A.)
Lola	» Diaz (D.)
Miguel	Sr. Mariscal.
Márcos Becerro	» Peluzzo.
Un mozo de cuerda	» N.

La escena en Madrid.—Época actual.

A LA SEÑORITA

DOÑA NATALIA GIMENEZ

En testimonio de gratitud

EL AUTOR

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada. Puertas al foro y laterales. Al fondo un reloj de sobremesa. En primer término un costurero, junto al cual aparèce María en trage de calle, sentada y leyendo. Encima del costurero una mantilla y un sombrero.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA *y en seguida* MIGUEL. *Suenan las diez en el reloj y* MARÍA *cierra el libro en que lee y se levanta.*

MARÍA. Las diez! Hoy no he de aburrirme,
que si Miguel no es injusto
no debe negarme el gusto
de ir, con él, á divertirme.

MIGUEL. María?

MARÍA. Toma el sombrero,
y vuelve pronto á por mí.
¿No te parece?

MIGUEL. No.

MARÍA. Sí.

MIGUEL. Vamos, ten juicio.

MARÍA. No quiero.
Se trata de fiestas reales
que serán dignas de ver.

MIGUEL. María... no puede ser.
Ya sabes que en dias tales
hay desórden y tumulto:
las gentes corren, se empujan,
y unas á otras se estrujan
dando márgen al insulto.
Los hombres son muy ladinos,
y aprovechan la ocasion...

Allí, donde hay confusion,
nunca faltan libertinos.

MARÍA. ¡Que tales dudas te asalten!
¿Pero que es lo que te espanta?

MIGUEL. Donde hay burdel, la más santa
está expuesta á que la falten.
Acuérdate de aquel dia
en que te hizo un guiño un cojo,
á quien no le salté un ojo
por milagro.

MARÍA. ¡Qué manía!

MIGUEL. De la tarde acuérdate,
aunque tú me lo has negado,
en que cierto jorobado
trató de pisarte el pié.

MARÍA. Miguel, eso es un embrollo.

MIGUEL. ¿Me negarás que otra noche
fué siguiéndote hasta el coche
cierto almibarado pollo?
¿No echaban fuego sus ojos?
¿Al tramvia no subió,
y á tu lado se sentó
sin que á tí te diera enojos?

MARÍA. Pero hombre, que asi me arguyas?
ni hubo pié, ni guiño alguno,
ni pollo audaz ó importuno.
Esas son quimeras tuyas.
Harto me has hecho sufrir
las tres veces que he salido.

MIGUEL. Pues si más hubieran sido
ayúdame tú á sentir.
En fin, si esos escarceos
á tí no te solivianten,
yo no soy de los que aguantan
á su mujer galanteos.

MARÍA. (¡Válgame Dios, qué suplicio!)
¿Y piensas de tal manera?

MIGUEL. Por esa razon quisiera
que tuvieras ya más juicio.

MARÍA. ¿Es demencia el que te pida
tan inocente favor?

MIGUEL. La mujer está mejor

en su casa recogida.
Así tu dicha se labra
y ser más feliz podrás.

MARÍA. Pero hombre...

MIGUEL. No insistas más.

MARÍA. Escucha...

MIGUEL. Ni una palabra.

(Mutis por el foro).

ESCENA II.

MARÍA.

El cielo me dé paciencia
¡Mire usted que es mucho cuento!
Si no sé como consiento
en tener tanta prudencia!
Si me parece mentira
que en tal extremo me vea!
¿Pero qué enojosa idea
tan vago temor le inspira?
¿No comprenderá mi esposo
que el peor de los delirios,
que el mayor de los martirios
es un marido celoso?
Sin duda que mi deber,
como él dice, es transigir...
¿Mas quien puede resistir
tan inícuo proceder?
Y yo, necia, suspiraba,
un año hace, por casarme...
¡Quién ahora podrá darme
la paz que entonces gozaba!

ESCENA III.

Dicha: ADELA *por el foro, en trage de camino. Tras ella un mozo de cuerda con un pequeño equipaje, que dejará en otra habitacion volviendo á salir inmediatamente.*

MARIA. María?

ADELA. Ah!... Hermana mia!

(Abrazándose).

¿Yo sueño? Por qué has venido
sin avisar?

ADELA. He querido
sorprenderos este dia.
¿Y mi hermano? Dónde está?
¿Es buen esposo? Se porta?
Dímelo por que me importa
vuestro bien.

MARÍA. No tardará.

ADELA. ¡Pero qué delgada, chica!
qué pálida estás! Qué tienes?

MARÍA. Yo...nada...en cambio tu vienes
harto hermosa.

ADELA. Bien se explica.
La dicha rebosa en mí,
y al rostro con gozo sale.
Tengo un marido que vale
mas oro que el Potosí.

MARÍA. Sentimos no conocerle.

ADELA. Os traigo de él dos retratos.

MARÍA. ¿A ver?

ADELA. Si no sois ingratos,
Maria debeis quererle.

MARÍA. Vaya! no faltaba más.

ADELA. Este es para tí.
(Dándola un sobre que contiene un retrato)

MARIA. Gran busto!
A fé que te alabo el gusto,
simpático por demas.
Calla! y viene dedicado
á María!...

ADELA. No te asombre.

MARÍA. Dale gracias en mi nombre.
Pero...¿por qué no ha firmado?

ADELA. Ya ha rubricado y encima
ha puesto sus iniciales...
L... R... Luis Rosales.

MARÍA. Ah! lo tendré en gran estima.

(Lo coloca en el sobre y lo guarda en el costurero dejando como por descuido parte de él fuera).

ADELA. Pues no me niega un placer,
ni en mí sospecha maldad:
me concede libertad,
nada tiene que temer.

Regalado y satisfecho
de mi amor, vive sin dolo,
porque comprende que él solo
tiene cabida en mi pecho.
Jamás me pone litigio
por nada, y me corresponde
de un modo, que no sé dónde
colocarle; es un prodigio.
Ya ves si orgullosa estoy
de su nobleza notoria...
Es mi galardon, mi gloria,
honrarle por donde voy.
El tuyo será lo mismo,
¡quién lo duda!

MARÍA. Es mucho mas.
Me quiere... ya lo verás,
me quiere con fanatismo.
Pero lamento ese modo
de querer tan excesivo.
Aquí me tienes que vivo
sola y privada de todo.

ADELA. Qué! ¿no teneis servidumbre?
Pues ¿quién os guisa?

MARÍA. No sé...
en la fonda... En el café...
Aquí no se enciende lumbre.
Supone que las criadas
son, peligroso instrumento,
contra el honor y el contento
de las jóvenes casadas.
Y es tanto en eso el rigor
de Miguel, que no consiente
que entre aquí más ser viviente
que el ignorante aguador.

ADELA. Ocurrencia original.
¿Y tú consientes tal mengua?
¿Y no protesta tu lengua
contra ese torpe ideal?

MARÍA. Adela!...

ADELA. Perdon te pido,
y no te ofendas, por esto.
¿Le has dado tu algun pretesto?

MARÍA. ¿Pretesto yo á mi marido?
Jamás.

ADELA. ¿Pues cómo y por qué
así te trata mi hermano?

MARÍA. Ningun pretesto liviano
en mis pensamientos vé.
Mas no te debo ocultar,
porque eres tú mi angel bueno,
que tengo el corazon lleno
de tristeza y de pesar.
Aunque está de mí orgulloso,
no hay cosa que no le asombre.
Cuando á mi se acerca un hombre
me contempla receloso.
Todos, segun él, me adoran:
cuantos me hablan, ó me miran,
piensa que por mí suspiran
y que de mí se enamoran.
Un saludo, una atencion
de mi parte, es grave falta...
¿Quieres más? Se sobresalta
cuando me asomo al balcon.

ADELA. ¡Ay, María, me parece
que es Miguel un insensato!
¿Quién sino un loco, halla grato
lo que cualquiera aborrece?
Oh!... deja que yo le vea.

MARÍA. No, por Dios, Adela, nó.
Ya que infeliz sea yo,
al ménos, que él no lo sea.

ADELA. ¡Alma noble! Si al oirte
alguien de tu amor dudara,
ese rasgo le bastara
para honrarte y bendecirte.
Mas no debes tolerar
que de ese modo te trate
un hombre, que es un orate,
que no te sabe estimar.

MARÍA. Pero qué he de hacer, Dios mio?

ADELA. Rogarle debes, y luego,
si no escuchase tu ruego,
hacer debes tu albedrío.

MARÍA. Tal violencia?

ADELA. María,
tu temor es irritante.
Llevando el bien por delante
yo todo lo arrostraria.
Y el temor, y la inquietud,
que así en tu espíritu influyen
huirian de tí, como huyen
las sombras ante la luz.

(Se oye toser dentro á Miguel.

MARÍA. ¡Oh, sí... sí... tienes razon.

ADELA. ¿Viene gente?

MARÍA. Mi marido.

ADELA. Ah! No digas que he venido.
(María quiere hablar y Adela no la deja)
Silencio!... no es ocasion.
(Mutis por la derecha.)

ESCENA IV.

MARÍA *y* MIGUEL. *A su tiempo* ADELA.

MARÍA. Hola, Miguel; siéntate
y prepárate á escucharme.

MIGUEL. ¿Qué te ocurre?

MARÍA. Vas á darme
tu permiso.

MIGUEL. Para qué?

MARÍA. Tengo pensado salir
con una amiga á paseo.

MIGUEL. ¡Cómo! sin mí?

MARÍA. Ya lo creo.

MIGUEL. ¿Tratas de hacerme sufrir?
Qué harías tú sin mi amor?
Qué fuera de tí sin él?

MARÍA. Es que... cuidado, Miguel;
no extremes tanto el rigor,
que amor que así tiraniza,
más que amor, es egoismo.

MIGUEL. ¿Eso piensas?

MARÍA. Eso mismo.
Eso en tí se patentiza.
¿Por qué he de ser prisionera

de tus caprichos de loco?
Por qué tenerme en tan poco?

MIGUEL. ¿Soñando estás?

MARÍA. No es quimera.
¿Tengo acaso libertad
para nada? ¿A quién no irrita
no tener ni una visita
de noble y franca amistad?
¿No es irritante la idea
de que contra el alma luche,
queriendo que oiga y no escuche,
que tenga vista y no vea?

MIGUEL. María, estás delirando?

MARÍA. Pues qué, ¿no te dice á voces
tu conciencia... no conoces
que me estás martirizando?

MIGUEL. Eso más? Pero qué quieres?

MARÍA. De una vez te lo diré,
amor, libertad y fé
como las demás mujeres.

MIGUEL. ¡Oh! qué has dicho? maldicion!
Tu acento extraño, cruel,
cual negra gota de hiel
se infiltra en mi corazon.

MARÍA. No, Miguel, eso jamás,
no finjas vanas quimeras.

MIGUEL. Y yo, que pensaba que eras
más feliz que las demás!
A propósito.

MARÍA. ¿Qué?

MIGUEL. Ven.
Escúchame, silenciosa
una fábula curiosa,
y fíjate en ella bien. *(Pausa breve.)*

(Sale Adela y queda escuchando en segundo término.)

En un pensil que formó
la misma Venus Ciprina,
la rosa más peregrina
su hermoso cáliz abrió.
Como joya la ocultaba
el jardinero afanoso,
en tanto que, desdeñoso,

las demás abandonaba.
Cansada la rosa bella
de aquel enojoso esmero,
quejóse á su jardinero
por su conducta con ella.
«¿Por qué, le dijo, así dás
en ocultar mi hermosura?
¿No es mejor que á la luz pura
brille yo cual las demás?»
—Pobre incáuta—replicó
el jardinero á la rosa:
—Cuanto eres tu más hermosa
eso más te oculto yo.
Entónces, con doble empeño,
la flor caprichosa y bella,
reprodujo su querella
hasta que al fin cedió el dueño.
«¡Esto es vivir!—repetía.—
Libre soy... ¡oh, cuánto gozo!»
sin pensar en su alborozo
el riesgo que allí corria.
Pronto una turba infantil,
en bullicioso tropel,
invadió el fresco verjel
causando destrozos mil.
Y como la flor del cuento
la flor mas galana era,
fué la víctima primera
de aquel grupo turbulento.

MARÍA. Ah! ¿y te asalta igual temor
hácia mí? ¡Qué insensatez!
¿Y presumes!...

MIGUEL. Que tal vez
como tú pensó la flor.
Y no hubiera sucumbido
á su capricho imprudente
si su dueño, cuerdamente,
la hubiera desatendido.

ADELA. *(Adelantándose.)*
Muy bien.

MIGUEL. ¡Oh!... ¡Adela! *(Sorprendido.)*

ADELA. Césa.

MIGUEL. Abrázame.

ADELA. No, por Dios,
que hay ahora entre los dos
un abismo.

MIGUEL. ¿Tal sorpresa?...

ADELA. ¿Con qué de ese modo opinas?
Con que es tal tu crueldad,
que á perpétua soledad
como á la flor la destinas?
Pues oye, que yo tambien
sé otra fábula.

MIGUEL. Es inútil,

ADELA. Por lo oportuna y lo útil.
en ella fíjate bien.
Érase un hombre muy raro,
y más que raro, egoista,
que se hizo capitalista
en fuerza de ser avaro.
Desconfiando de todo
sus tesoros apilaba
en un arca, que ocultaba,
cerrándola á piedra y lodo.
El arca al fin rebosó,
mas por salir del atranco
trocó en billetes de Banco
el oro que amontonó.
«En este rincon, decia,
seguro está mi papel:
nadie aquí dará con él,
¡que gran prevision la mia!»
Pasaron dias y meses,
y, contra su voluntad,
hallóse en necesidad
de sacar sus intereses...
Mas ¿cuál no fué su afliccion
al ver, con rostro espantado,
su tesoro devorado
por un mísero raton!

MIGUEL. Y bien?

ADELA. Pues ¿qué duda cabe?
No adivinas?

MIGUEL. No: ni quiero.

¿Soy yo acaso el usurero,
y ella el tesoro?

ADELA. ¡Quién sabe!
¿Quien sabe lo que otro hiciera
por recobrar su albedrío?
La soledad, Miguel mio,
es muy mala consejera.

MIGUEL. ¡Ah!... ya lo comprendo todo.
Mi esposa, dando al olvido
sus deberes, me ha ofendido.

ADELA. Piensas mal.

MIGUEL. No me acomodo.
Nécio fuera disculpar
á la mujer indiscreta
que, imprudente, no respeta
los secretos del hogar.

MARÍA. Mi intencion...

MIGUEL. Clara se vé.

MARÍA. Pues si por tí me desvivo,
¿cómo darte yo motivo
para dudar de mi fé?

ADELA. Vamos, dejad esa homilia.
María no la merece,
que es un ángel que enaltece
tu honor y el de la familia.

MIGUEL. ¿Mi honor? oh!... me has inspirado
una sospecha traidora...
¿Mi honor has dicho, y ahora
acabo de ser burlado?
¿Cómo fiarme podré?

MARÍA. ¿Qué osas decir?

MIGUEL. Infelice!
Hay un axioma que dice:
guárdate y te guardaré.

MARÍA. Pero ¿qué extrañas visiones
hoy de tu alma se apodera?
Donde virtudes imperan
no hacen falta precauciones.
¿Qué entiendes tú por amar?

MARÍA. ¿Qué entiendes tú por querer?

MIGUEL. Quien quiere no ha de ofender.

ADELA. Quien ama no ha de afrentar.

Y pon en tus lábios tasa,
porque ya me dás enojos.

MIGUEL. ¿Tratas de sembrar abrojos
y miserias en mi casa?

MARÍA. No por Dios: no te me enfades.

MIGUEL. Yo atajaré tus intentos,
y si quieres sembrar vientos
recojerás tempestades.

ADELA. Tú eres el viento furioso,
puesto que, con loco anhelo,
lanzas tu honor por el suelo
en fuerza de hacerte odioso.
¿Qué temes, dí, para que arda
tu pecho en celos cobardes?
Qué importa que tú la guardes
si ella misma no se guarda?

MIGUEL. ¡Oh!... maldita sea mi estrella!

MARÍA. ¿Y aún persistes en tu empeño?
No eres tú el único dueño
de mi amor? qué te querella?

MIGUEL. De tí me querella todo
ya... Déjame en paz ahora.

MARÍA. Bien: quizá ántes de una hora.
(Poniéndose la mantilla.)
pienses de distinto modo.

MIGUEL. ¿Te vas?

MARÍA. Quédate con Dios.

MIGUEL. ¿Pero esto es burla ó qué es?

MARÍA. Hasta luego.

ADELA. Hasta despues.
(Mutis las dos por el foro.)

ESCENA V.

MIGUEL.

¿Se mofan de mí las dos?
¿Y es María quien me veja,
y quien mis faltas pregona?
Y es ella quien me abandona
y me escarnece y me deja?
Oh! su conducta me irrita,

é inútilmente me arguye.
El que la ocasion rehuye
tambien el peligro evita.
Son muchas las Magdalenas
que he llegado á conocer...
y vale más precaver
que llorar culpas ajenas.
Juro, pues, que he de alejar
mi honor de lance tan grave...
(Al dar un puñetazo sobre el costurero se apercibe del sobre que María dejó mal guardado.)
¿Mas qué es esto? Aquí la llave?
y una carta sin guardar?
¡Hola!... ¿de quién podrá ser?...
¡Sospecha horrible!... qué miro?
¿Un retrato? Yo deliro!...
dedicado á mi mujer?
¡Oh, qué infamia! su doblez
me hiere de tal manera,
que al irse por vez primera
se fué por la última vez.
(Guarda el retrato.)

ESCENA VI.

DICHO *y* LOLA.

LOLA. ¿Se puede entrar?... Con permiso...
MIGUEL. *(Sin atender.)* (¡Qué afrenta! rayos del cielo!...)
LOLA. Señor?...
MIGUEL. *(Con desabrimiento.)* ¿Quién es?
LOLA. La... doncella,
la... criada.
MIGUEL. ¿Tú?
LOLA. ¿En qué puedo
servirle? Qué se le ofrece?
MIGUEL. ¡Calla, imbécil!
LOLA. ¡Uff!... qué genio!
MIGUEL. (¡Maldicion!)
LOLA. Está usted loco?
MIGUEL. ¿Qué sabes tú?
LOLA. Por supuesto.

Yo sé lavar y coser
y guisar...

MIGUEL. Véte al infierno.

LOLA. Y sé planchar por lo fino
y hacer las camas al pelo.
¿Me entiende usted ya?

MIGUEL. Muchacha,
y á mí, ¿qué me cuentas de eso?

LOLA. A quién se lo he de contar?

MIGUEL. Se lo cuentas á tu abuelo.

LOLA. ¿Sabe usted lo que le digo?
que está usted algo indispuesto.
¿Usted no tiene el honor
de conocerme?

MIGUEL. En efecto.

LOLA. ¿No es usted el señorito?

MIGUEL. Soy... el diablo, y qué tenemos?...

LOLA. Tome usted esta tarjeta.

MIGUEL. *(Leyendo.)* «María de Montenegro.»
¿Mi esposa?

LOLA. Cabal.

MIGUEL. ¿Y qué?

LOLA. ¡Jesús, que poco talento!
Su esposa me recomienda
para el servicio doméstico.

MIGUEL. Ah, ya!... con que mi mujer?...
Pues hija, pierdes el tiempo.
En mi casa nunca ha habido,
ni habrá, porque yo no quiero,
más enaguas que las suyas,
ni más pantalones que estos.
(Por los suyos.)

LOLA. ¿Qué escucho? Es usted celoso?
Hombre... no sea usted... borrego.

MIGUEL. ¡Ira de Dios!... imprudente.
¿A que te arrimo un voleo?

LOLA. Uno? *Quitusté* el piston,
que uno solo tiene miedo.
Hombre, tendría que ver
que un señor tan... caballero...
¿Pues usted qué se figura?
que están tocando á degüello?

¡Caramba con el señor!
Pues no es usted poco tieso!

MIGUEL. Silencio! ¿Y eres soltera?

LOLA. Para el caso dá lo *mesmo*;
porque estoy de él separada
hace dos años y medio.

MIGUEL. ¿Divorciada?

LOLA. ¡No que no!
¿Pues quién sufria á aquel perro?

MIGUEL. ¿Y te atreves?...

LOLA. Si aquel hombre
es peor que un cancerbero.
¿Sabe usted lo que él hacía
conmigo?

MIGUEL. Me lo sospecho.

LOLA. No me dejaba jamás
salir de casa, á pretexto
de que los mozos me echaban
florecitas y requiebros.
Y vea usted que animal!
en vez de ponerse hueco,
y hasta orgulloso, el idiota
se tiraba de los pelos.

MIGUEL. ¡Infeliz! Cómo se llama?

LOLA. ¡Esa es otra! Buen camelo
para quien no le conozca.
Se llama Marcos Becerro.
¡Becerro! y es peor que un toro
de los de Colmenar Viejo.
Yo quise curarle el mal
que tenia en el *celebro*
y empecé á entrar y salir
cuando humor tenia de ello,
sin hacer caso ninguno
de sus estúpidos celos.
Mas ¡ay! me daba una vida...
me armaba cada tiberio!...
comenzó á darme una tanda
de tundas y de solfeos,
que... vamos... que ya no pudo
con tanta solfa mi cuerpo.

MIGUEL. Si te hubiera atado corto

desde los primeros tiempos...

LOLA. Precisamente, señor,
precisamente por eso
me revelé contra él
y por eso le detesto.
En vano hoy llora y suspira
por su Lola, sus lamentos
me indignan cada vez más,
porque ya... ya no le quiero.
Y le advierto, señorito,
que se mire en este espejo;
porque hay muchos, muchos locos
que escupen como él al cielo.

MIGUEL. ¡Oh... qué ignominia! ¿Tú sabes
lo que dices?

LOLA. Ay! qué es ello?
¿en qué he podido?...

MIGUEL. Canalla!

LOLA. ¿Me insulta usted?

MIGUEL. Véte presto.

LOLA. Bien está. ¡Jesús qué hombre!
Parece usté un fariseo.

MIGUEL. Si á poner vuelves los piés
en mi casa...

LOLA. ¿Yo? Primero
me dejo ahorcar del verdugo.
¡Pues hombre, pues está bueno!
De este agua no beberé.
Sépalo usted.

MIGUEL. Lo celebro.

LOLA. Si me diera usted el oro
que dicen que tuvo Creso,
no volvería, ¿está usted?
y que me emplumen si vuelvo.
Pues usted ¿qué se figura,
que soy algun esperpento?
¡Si tengo yo más orgullo
que Napoleon tercero!
Vaya usted á que lo encierren
en Leganés ó en Marruecos. *(Mutis.)*

ESCENA VII.

MIGUEL.

¿Eh? Coja usted criaditas
de este jaez... ¡Buen ejemplo!
¡Qué repugnante mujer!
Y su marido... ¡Dios bueno!
andará por esos mundos
hecho un... un Marcos Becerro!
Pero él no tuvo la culpa,
él fué todo un caballero,
él miraba por su honor
y evitaba desafueros,
negándole á su mujer
la libertad que yo niego.
Y aún hay quien las deja ir libres,
como el pájaro en el viento,
para lamentar despues
de esa libertad los vuelos.
¡Oh, mujeres!... ¡oh sirenas!...
hijas sois de los infiernos.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* LOLA *que vuelve azorada.*

LOLA. ¡Ay, qué disgusto, Dios mio!
MIGUEL. ¿Otra vez?
LOLA. Válgama el cielo!
¡Qué fatalidad! ¡es él!
sube á este cuarto, y no quiero
que me vea... Señorito,
por caridad, ¡que es Becerro!
Ocúlteme usted...
MIGUEL. Aparta!
¿Qué esperas de un fariseo
como yo?...
LOLA. Perdon, perdon.
MIGUEL. ¿No dijiste que primero
te ahorcarian?...
LOLA. Ah!... sí, sí.
MIGUEL. Y no has dicho hace un momento,

«De este agua no beberé?»
LOLA. Sí, señor, sí, todo es cierto. *(Suplicándole.)*
MIGUEL. Pues entonces, no te canses.
Es tu marido y no debo...
LOLA. De rodillas se lo pido. *(Arrodillándose.)*
Por la Vírgen se lo ruego.

ESCENA IX.

DICHOS *y* MARCOS.

MARCOS. Buenos dias.
LOLA. ¡Ah!!
(Grito agudo y huye precipitada por la derecha.)
MARCOS. *(Absorto.)* (Dios Santo!
estoy dormido ó despierto?
qué es lo que sucede aquí?)
MIGUEL. Señor mio...
MARCOS. Caballero...
¿Qué mujer es esa... ¡esa!
que estaba en este aposento?
¿Cómo se llama?
MIGUEL. Lo ignoro.
MARCOS. ¡Miente usted!
MIGUEL. ¡Rayos del cielo!...
¿Yo mentir?
MARCOS. Esa señora
es mi esposa.
MIGUEL. ¿Y qué tenemos?
MARCOS. Que usted la tiene en su casa,
y yo á reclamarla vengo.
MIGUEL. (Tiene razon esa chica.
Este hombre es un cancerbero.)
MARCOS. ¿Oye usted lo que le digo?
MIGUEL. (Le desesperan los celos.)
¿Usted sospecha quizás?...
MARCOS. Mucho malo, y nada bueno.
MIGUEL. Vamos, serénese usted
y entendámonos.
MARCOS. Espero
que no dará usted lugar
á un escándalo.
MIGUEL. No pienso.

MARCOS. ¿No? Pues sin tregua le exijo,
que me diga en qué concepto
la tiene aquí.

MIGUEL. A eso voy:
ha venido pretendiendo
para servir.

MARCOS. Nada más?

MIGUEL. Se lo juro á usted...

MARCOS. Si es cierto
perdone usted mi arrebato,
fuí demasiado ligero.
(¡Pobre Lola! huye de mí...
razon tiene para ello.
¡Cuán arrepentido estoy
de haberla sido funesto!
Tarde conocí mi daño,
¡qué pesar tan hondo siento!)
Señor, ¿necesita usted
criados fieles y buenos?
yo lo sería gustoso,
yo mismo.

MIGUEL. Señor... Becerro,
no pretenda disparates.
En mi casa, se lo advierto,
no han entrado ni entrarán
otros pantalones que estos.

MARCOS. ¿Qué esucho! ¿Es usted celoso?

MIGUEL. Mas que usted.

MARCOS. Oh!... majadero.
Ya me inspira usted horror.
Aparte usted; le desprecio.

MIGUEL. (Pero este hombre está demente?)

MARCOS. Sí señor, y lo sostengo.
Es usted un insensato.
Venga mi mujer. *(Con decision.)*

MIGUEL. No quiero.

MARCOS. Si no de grado, por fuerza.

MIGUEL. Lo hemos de ver.

MARCOS. Lo veremos.
Lola!... *(Llamándola y queriendo ir por ella.)*

MIGUEL. *(Cerrándole el paso.)*
Atrás! ni un paso más.

MARCOS. Lola!... Dolores!... *(Dando voces.)*
MIGUEL. Silencio.
En mi casa no se grita.
MARCOS. A todo tengo derecho;
y si no, voy á quejarme...
MIGUEL. De qué.
MARCOS. ¿De qué? De adulterio.
MIGUEL. Villano! ¿Te atreverías?...
MARCOS. Solamente á usted me atrevo
porque usted es el infame.
MIGUEL. Ultraje tal no tolero.
MARCOS. De Lola respondo yo,
porque puedo y porque debo.
MIGUEL. Téngame Dios de su mano.
MARCOS. ¿Está usted?
MIGUEL. Estoy soberbio,
Disparatado, fatal...
me está inspirando el infierno.
Punto final, miserable:
salga usted de este aposento,
si no quiere que de un tiro
le divida el cráneo.
(Sacando un rewólver y apuntando.)
LOLA. *(Al paño.)* Cielos!
No! eso no; que es mi marido.
Máteme usté á mi primero.
(Interponiéndose entre los dos.)
MARCOS. ¡Lola de mi vida! Gracias.
LOLA. Al fin veo que eres bueno.
MIGUEL. Salgan al punto los dos,
de esta casa.
LOLA. Caballero...
su esposa de usted...
MIGUEL ¿Mi esposa?
Su traicion no tiene ejemplo.
Salgan al punto, repito,
ó contra los dos me vuelvo.
MARCOS. Si usted lo manda...
MIGUEL. Lo mando
con urgencia, con imperio.
(Mutis, Marcos y Lola.)

ESCENA X.

MIGUEL.

¡Mujer! Debil criatura!
Fuente de hermoso raudal
que, bajo ondas de cristal,
guarda un fondo de amargura.
De amores verjel ameno,
rico en galas y colores...
rosal entre cuyas flores
guarda el aspid su veneno!
¿Cómo ya podré creer
en tu virtud?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHO, MARÍA *y* ADELA.

MARÍA. No es tan llano.
ADELA. Una nube de verano
pronto pasa.
MIGUEL. (¡Oh! mi mujer!...)
¡Si me parece mentira!...)
MARÍA. Oye, Miguel
MIGUEL. Nó... no puedo...
no te acerques... tengo miedo
de que me asalte la ira.
Avaro fuí de tu amor,
no podré vivir sin él,
mas ya que eres tan cruel
que provocas mi dolor;
ya que así mis alegrías,
has tornado en sufrimientos,
no he de escuchar tus lamentos
ni en tus horas más sombrías.
MARÍA. Qué?
MIGUEL. Lo que digo ha de ser.
MARÍA. (Siento una angustia mortal!)
MIGUEL. Nuestro lazo conyugal
hoy mismo se ha de romper.
ADELA. Pero cual es su delito?
MIGUEL. Ella lo sabe.
MARÍA. Lo ignoro.

Yo solo sé que te adoro
con un amor infinito.

MIGUEL. Mientes.

MARÍA. ¡Ah!... *(Sentándose abatida y llorosa.)*

ADELA. ¿Por qué lo niegas?
Si hogar y sombra la quitas,
¿cómo estorbas, cómo evitas
el ludibrio á que la entregas?
¿Sabes que al ser repelida,
y de ese modo ultrajada
la opinion asaz menguada,
la juzgará envilecida?

MIGUEL. Lo sé.

ADELA. Y que la marcarán
en la calle con el dedo,
y que los hombres sin miedo
infamias la propondrán?

MIGUEL. Oh!

ADELA. Tiemblas? ah!... pues no ensartes
disculpas á quién te arguya;
su afrenta, por ser la tuya,
te seguirá á todas partes.
Y como ella, escarnecido,
vivirás en cualquier zona,
porque el divorcio pregona
la deshonra del marido.

MIGUEL. ¡Oh, qué baldon! qué martirio!
Calla... cesa...

ADELA. No lo esperes.

MIGUEL. ¡Me asesinas!

ADELA. Pues qué quieres?
Que consienta tu delirio?

MIGUEL. No redobles mi dolor.

ADELA. No aumentes tu su agonía.
Habla.

MIGUEL. Imposible.

ADELA. María,
desprecia tú su rigor.
En mi casa, humilde y noble
cariño tierno hallarás:
allí, allí no encontrarás
esas entrañas de roble.

Y puesto que él no te honra
yo te honraré, fiel amiga,
para que ninguno diga
que cupo en tí la deshonra.

MARÍA. ¡Oh... gracias, ángel del cielo.

ADELA. ¿A quién tu virtud se esconde?

MARÍA. Sin embargo, no responde
á mi amargo desconsuelo.

MIGUEL. Pruebas tengo originales
de tu infamia.

MARÍA. ¿Dónde están?

ADELA. ¡Dios de Israel!

MIGUEL. Las verán.
si es fuerza, los Tribunales.

MARÍA. ¡Miguel de mi vida!

MIGUEL. No.

MARÍA. ¡Amor de mi alma!

MIGUEL. Quita!

MARÍA. ¿Dudas de la fé bendita
que te he jurado?

MIGUEL. Sí.

MARÍA. ¡Oh!

ADELA. Miguel!

MIGUEL. Por favor... no quiero
que sepas más. Sal de aquí.
Déjanos por un instante.

ADELA. Pero ¿no son tus agravios
mios tambien? De tus labios
no escuché ya lo bastante?

MIGUEL. Ah!... es verdad! Pues bien, se trata
de una traicion... de un delito...
¡de este retrato maldito
y de esa mujer ingrata!
(Dando el retrato á Adela.)

ADELA. *(Tomándolo.)*
¿Eh?... qué miro?... ¿Es este el coco
y esa la ingrata? Já... já...
(Riendo á carcajadas.)

MARÍA. ¿Qué es ello?

MIGUEL. ¿Te ries?

ADELA. Bah!
¿Quién no se rie de un loco?

Mira, Maria.

MIGUEL. Quién es?

(Enseñándola el retrato.)

ADELA. ¡Mi marido!

MARÍA. *(Con satisfaccion.)* ¡Ah!...

MIGUEL. *(Absorto.)* ¿Quién?

ADELA. El *bú*.

¡Cuántos por menos que tú
estarán en Leganés!

MIGUEL. ¡Oh, qué ceguedad la mía!

ADELA. Toma otro igual. *(Dándole otro retrato.)*

MIGUEL. Yo me abismo.

(Y yo la ultrajé? yo mismo?)

MARÍA. ¿Nos... divorciamos?

MIGUEL. ¡Maria!

MARÍA. Tú lo has querido.

MIGUEL. Ay, de mí!

soy... un nécio... un miserable,
como muchos: me hice odiable
y aborrecible de tí.

MARÍA. Venganza pido.

MIGUEL. Pedazos

harías mi corazon.

MARÍA. Mi venganza y tu perdon
están...

MIGUEL. ¿Dónde?

MARÍA. Aquí: en mis brazos.

MIGUEL. ¡Oh, placer! *(Abrazándose.)*

ADELA. Gracias á Dios.

Así me gusta. Muy bien.
Un abrazo á mi tambien.

MIGUEL. Un abrazo es poco; dos.

Fuera recelos cobardes,
fueras livianas quimeras;
haz, María, cuanto quieras,
me basta que tú te guardes.
Yo proclamo tu victoria:
si ántes, entre duelo eterno,
era tu vida el *infierno*
que sea desde hoy la *gloria*.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Actos.
Querer es poder, comedia en verso................	1
La escala de una artista, (en colaboracion), juguete en verso....................................	1
Contra el agravio bondad, comedia en verso......	3
La gota de hiel, comedia en verso................	3
¡Nuestro es el triunfo! pasillo cómico satírico, en verso....................................	1
El Cabo Tormenta, (en colaboracion), juguete en verso....................................	1
Marinos del Callao, drama en verso...............	3
El General △, pasillo bufo-satírico, político, en verso....................................	1
Novio, fantasma y demonio, juguete cómico......	1
Entre dos polos, (en colaboracion con E. Fuentes) drama en verso..............................	2





PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é Hijos de Cuesta, calle de Carretas, 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la *Biblioteca lírico-dramática.*

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en sellos de comunicaciones ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.